

tres helicópteros, se queda desolado. Los grupos se reúnen a comentar la dificultad del empeño. El padre de Arrabal casi no puede contener la emoción. «Ayer no he querido verle en televisión. Me dijeron que estaba recostado, que no se movía. Su madre está tremenda. Piensa en lo peor. A mí nunca me ha gustado esto del montañismo, pero antes de ir a la montaña le daban vahídos; luego le pasaron, le pasaron con estas excursiones, es seguro. Ahora resulta que este peligro es mucho mayor todavía... Yo desapruebo la escalada, no me gusta, sigo desaprobandola.

Segundo acto: salvado por los aires

El doctor Estrada va a subir a prestarle los primeros auxilios. Conocido internista de Oviedo, este médico, de mediana edad, que asiste con su aire de universitario a los congresos más importantes del mundo en Medicina general, cultiva una gran pasión: el alpinismo. Delgado, de expresión aguda a pesar de su mirada vaga de estos momentos, quita importancia a su cometido: «Voy —dice— nada más que a acondicionar el transporte. Lo más importante es llevarle al hospital lo más rápido posible. Sufrirá agotamiento extremo. Dadas las circunstancias, el fenómeno de congelación de extremidades sería menos importante que el estado general». Don Luis Estrada espera el momento de montar en el helicóptero grande, en uno de los militares de S. A. R. (Servicio de Rescate Aéreo). A las once y media de la mañana vuelve el «Alouette» que transportó a Alfonso Alonso. «Alfonsín» está radiante y un si es no es emocionado. Padre de cinco hijos, santanderino que ahora vive en San Sebastián, corredor de una compañía de seguros, «Alfonsín» cuenta lo sucedido, la segunda parte del rescate, tan peligrosa como la primera, tan tensa y sin aliento, y mucho más espectacular ya que el «Alouette» llevó suspendido a Arrabal desde la

TELON FINAL EN EL HOSPITAL DE OVIEDO

cumbre al refugio de Vega de Urriello. «Eché la cuerda al llegar a la cumbre y una vez que el helicóptero se hubo acercado lo suficiente a la cordada. Con una correa ataron el saco en que se encontraba Arrabal al cabo de ésta. Y de pronto, ya me vi con él en los aires. Con sumo cuidado lo mantuve durante unos ocho minutos en vilo, mientras el helicóptero llegaba al refugio. Lo posamos suavemente. En seguida lo recogieron y lo transportaron al helicóptero mayor de S. A. R., que lo llevó a Oviedo, como se sabía desde esta mañana». El comandante Pasquín, de treinta y nueve años de edad, de Zumaya, padre de dos niños y una niña, fue el piloto del «Alouette» que realizó el rescate. «No dormí en toda la noche pensando en la dificultad de la operación. Cuando vi el objetivo fui acercándome paulatinamente. De improviso, un golpe de viento me precipitó casi encima de la cordada y del montañero, y tan pronto como le ataron, otro me elevó de nuevo sin que yo interviniera en modo alguno. Algo providencial si se quiere. Ha sido la mayor aventura de mi vida. Estoy terriblemente cansado; deben ser los nervios.» La segunda proeza había terminado. Sus protagonistas, ahora sobre la hierba del improvisado helipuerto, quieren desmitificar con sus declaraciones sinceras, modestas y graves, lo extraordinario del acontecimiento; pensando bien en ello, no lo consiguen. Si el énfasis sirve para algo es para hablar de estos hombres, que se saben inseguros y contingentes aún después de realizar un empeño como este.

—¿Y Gervasio Lastra?, ¿va a rescatarse también de este modo?

—Lastra está «rappelando»; desciende al refugio por su propio pie —dice Alfonso Alonso con toda naturalidad—. Pronto estará aquí.

En efecto, a la una y media, llega Lastra en el mismo helicóptero «Alouette», del

que desciende casi a saltos. Su hermano Carlos y su compañero de aventura, Almirante, dan rienda suelta a su alegría. Almirante salta con los brazos en alto a pesar de las aspas del helicóptero, logra zafarse de un guardia civil que prudentemente quiere impedirle acercarse al aparato, y abraza a Gervasio. Todo en cuestión de unos segundos, porque éste monta en el otro helicóptero mayor que le conducirá a Oviedo y que le espera ya en marcha. La historia se termina.

Cuatro helicópteros han participado en el rescate. Dos de S. A. R., mandados por el comandante Herrera y pilotados por los capitanes Aizpurúa y Saavedra. Uno de la Jefatura Central de Tráfico, «Alouette» mandado por el teniente coronel Sánchez y pilotado por el comandante Pasquín. Y uno de Avicópter, pilotado por don Juan Sánchez.

¿Qué distinto es aquí el sol que en el Naranjo!

Apagado el último chispazo de excitación, Arenas de Cabrales, sus bares, su pradito al lado de la carretera a Oviedo al que se asomaban unos cien curiosos, van a recobrar de nuevo la calma perdida. Alfonso Martínez Pérez, guarda del Coto Nacional y guía oficial de los Picos, casi nos aborda para decirnos que hizo su primera escalada al Naranjo de Bulnes en 1926. «Habré subido unas cien veces por siete sitios distintos. A veces no me han hecho falta ni cuerdas ni clavijas. A veces no he necesitado más que veintisiete minutos. Pero siempre en verano. En invierno y por esa cara no me gusta nada, hay que emplear lo menos tres días; es peligroso, y pasa lo que pasa... El año pasado, la muerte de los otros dos, este año, éstos, ya ve. Y vendrán más. Ya se

empieza a hablar de cuatro navarros...»

Ante el Hospital General de Oviedo se han posado con intervalo de poco más que una hora los grandes helicópteros del S. A. R. Trajeron a José Luis Arrabal y a Gervasio Lastra. Arrancado materialmente a la curiosidad de los informadores, Arrabal ingresa en una habitación del décimo piso, después esterilizada y precintada. «No quiero Prensa, ni televisión. No quiero ver a nadie», declara. El equipo médico del hospital, en una conferencia de Prensa, hablará más tarde de posible amputación de los dedos de sus pies. En el mismo pasillo del décimo piso, en la habitación de enfrente a Arrabal, Lastra se muestra optimista, en perfecto estado. «No me fotografíes las manos —dice a Sánchez Martínez— no tengo nada en ellas. Están vendadas pero no tengo nada en ellas. ¡Vaya día! ¡Qué distinto es aquí el sol que en la pared! ¿Habéis visto la que se ha organizado al pie del Naranjo? Estoy seguro que si hubiéramos coronado no habría tanta Prensa.»

La aventura ha terminado. Y felizmente para ambos escaladores, teniendo en cuenta las condiciones en que se encontraban.

Algunos aprovechan para hacer el proceso del montañismo. Hay quien lo defiende. ¿Qué es este deporte-pasión? ¿Gusto del riesgo, conquista de lo inútil, empeño gratuito y vano, como dicen los acusadores?, ¿o búsqueda de una formación síquico-moral antes que física, de una educación de la solidaridad, de un desarrollo de la concepción del trabajo en equipo y del control de la propia persona, como dicen los defensores?

En el mismo Naranjo de Bulnes, en estos días, dos hechos de montaña podrían servir de base a su acusación o a su alabanza. El primero arriesgaba vidas —era el intento de Lastra y de Arrabal de escalar la cara oeste en invierno—. El segundo, las salvaba. Era la escalada por la cara sur de una quincena de montañeros que arrancó de una muerte horrible a dos hombres. La disyuntiva queda planteada.

Ramón-Luis ACUÑA